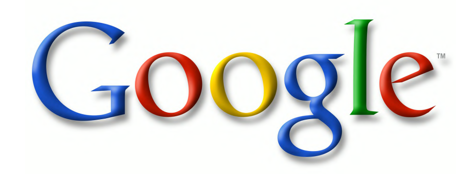
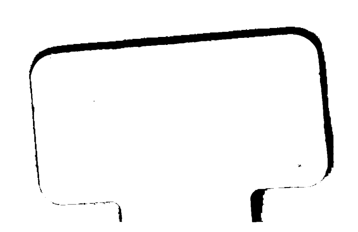


[redacted]



This Book Is Due on the Latest Date Stamped

Santiago Balestra

Nubes del Alma



MONTEVIDEO
TIP. O. M. BERTANI - RECONQUISTA, 630
1912

NUBES DEL ALMA



SANTIAGO BALESTRA

NUBES DEL ALMA



MONTEVIDEO
Tipografía O. M. BERTANI
1912



Talleres gráficos "El Arte", de O. M. BERTANI.— Reconquista, 630

Amalia

I

Cerca de un manso y límpido arroyuelo,
Que de mi patrio suelo
Cruza con pausa una campiña verde,
Se halla un pueblo apartado y silencioso,
Cuyo escaso alborozo
En los sombríos árboles se pierde.

II

Pueblo, donde mis horas de inocencia,
Como sutil esencia
Que suave desvanece el vago viento,
Se evaporaron, plácidas, serenas,
Sin llantos y sin penas
Sin que nada turbase mi contento.

III

Y de allí, do las auras á las flores
Murmuran sus amores
En coro con la diáfana corriente,
Recuerda, en este día, mi memoria,
Una olvidada historia
Que para mí no ha sido indiferente.

IV

Amalia, como pura y blanca aurora,
Como un ave, canora,
Suave como el azul que el cielo ostenta,
Era en sus tiernos y apacibles años;
Alma exenta de engaños
Que su hermosura angelical aumenta.

V

Y ufana, placentera, enamorada,
Y también adorada
Por aquel que la ocupa el pensamiento,
El mundo, en su ilusión, le parecía,
Un mundo de armonía
De pesares y lágrimas exento.

VI

Nada turbaba su completa calma.
Su pura y celeste alma
Soñaba el porvenir más halagüeño,
Que la clara corriente de su vida,
Flotaba adormecida
En alas de su vago y dulce ensueño.

VII

Y tímida, inocente y venturosa,
Prodigando anhelosa
Una frase ó sonrisa lisonjera,
En grata y deleitable compañía,
Gentil se le veía
Vagar del arroyuelo en la ribera.

VIII

Y allí, bien de la tórtola el arrullo,
O el rítmico murmullo
De la corriente límpida escuchaban,
O ya, el canto de amor, que los zorzales,
De los verdes ceibales
Entre sus rojas flores, gorjeaban.

IX

O corrían tras bella mariposa,
Que leve y silenciosa
Como una blanca gota de rocío,
En los lirios del valle se posaba,
O su néctar libaba,
Revolando lijera á su albedrío.

X

Y cuando ya del sol, los tibios rayos,
En lánguidos desmayos
Señalaban el término del día,
Amalia regresaba á su morada,
Afable y halagada,
Dichosa con su grata compañía.

XI

¡Que todo para su alma, en lontananza,
Era azul esperanza!
¡Gratos sueños! ¡Recuerdos seductores!
¡Auras de la mañana perfumadas!
¡Praderas esmaltadas
De verde grama y de gallardas flores!

XII

Pasó ya breve tiempo. ¿Por qué Amalia,
Aquella hermosa dalia
Antes tan seductora y cariñosa,
Se muestra para todos tan esquiva?
¿Y por qué pensativa,
Las horas pasa triste y silenciosa?

XIII

¿Qué inesperada nube habrá empañado,
El antes azulado
Cielo, de su pasión y su ventura?
¿Por qué ya, como entonces, bulliciosa,
La bella mariposa
No persigue con ansia en la llanura?

XIV

¿Por qué ya, con su grata compañía,
Al declinar el día
No vaga del arroyo en la ribera?
¿Por qué ya, de la tórtola el arrullo,
O el rítmico murmullo
No escucha de la linfa pasajera?

XV

¡Ay! que aquella ilusión color de rosa,
—¡Dulce ilusión hermosa!—
Que su alma enajenaba de contento,
Vió disiparse, en su febril delirio,
Como azulado lirio
Que en sus alas deshoja el raudo viento!

XVI

¡Que el sueño angelical que era su hechizo,
Turbaron de improviso
Sus padres que, aunque amantes, se opusieron
Al dulce porvenir que tanto ansiaba!
¡Ella, lo suplicaba...
Mas ellos, insensibles, no la oyeron!

XVII

¡Pobre Amalia! ¡Qué son ¡ay! sin fulgores,
Los íntimos amores,
Sino hojas, que al brotar, secan las brisas!
¡Flores del alma, por el alma amadas,
Que al caer, deshojadas,
El viento del dolor las hace trizas!

XVIII

Vedla ahora, abatida y desolada,
En su alcoba encerrada
Para llorar su amarga desventura,
Que en ella, Amalia, sola con la pena
Vivaz que la encadena,
Apurando va el cáliz de amargura.

XIX

O vedla, cuando oculta el sol sus rayos,
Y en lánguidos desmayos
Nos envía su adiós triste y sentido,
Dando paso á las sombras misteriosas
Que aéreas, vaporosas,
Hacen al corazón dar un latido,

XX

Vagar por el jardín. Edén que un día,
Vió con dulce alegría
De mil variadas flores esmaltado,
Y ahora, en vez de flores purpurinas,
De punzantes espinas
En su dolor lo ve todo alfombrado.

XXI

Y al pie, sentarse, de un naranjo añoso,
De ramaje copioso
Plateado por los rayos de la luna,
Y allí, contarle á las fragantes flores,
Sus dolientes amores,
Al par que las deshoja una por una.

XXII

Mas ¡ay! que ya en su amargo desvarío,
Siente el manto sombrío
Que la muerte le tiende con presteza.
Al puro cielo con angustia mira,
Un lento «¡adiós!» suspira,
É inclina sobre el pecho la cabeza.

XXIII

¡Espiró! ¡Su alma apasionada, al cielo
Tendió su raudo vuelo!
¡Las tenues auras, al pasar, girando
En torno á la glacial y oscura fosa
Do su cuerpo reposa,
Van sus tristes amores suspirando!

XXIV

¡Que de amor ¡ay! murió la dulce Amalia,
Como sencilla dalia
Que muere sin cultivo ó ignorada!
¡Un día, sólo tuvo de ventura,
Y luego la amargura
Un Edén le ofreció para morada!

1880.

Elegía

I

Lo recuerdo!... no ha mucho!... una mañana!...
Cuando el sol, asomándose en oriente,
Las campiñas doraba lentamente
Con los trémulos rayos de su albor,
Tú, Antonio, hermano mío cariñoso,
En tu lecho de amargo sufrimiento,
Como planta tronchada por el viento
Yacías bajo el peso del dolor!

II

Que al impulso secreto del destino,
En brazos de la muerte asoladora,
Inclinaste tu frente soñadora
Para siempre en su seno reposar.
Que esa tu suerte fué, cuando animoso,
Ascendías la escala de la vida;
¡Infausta suerte! ¡Amarga despedida...
Como el canto del cisne al espirar!

III

Lo recuerdo!... en aquel aciago día,
Todo era triste, lúgubre y sombrío,
Y el dolor, que angustiaba al pecho mío,
La fuente de mis lágrimas abrió!
Y era triste, la brisa que girando
Silenciosa, en los sauces suspiraba,
Y el ave, que en la selva gorjeaba,
De congoja también enmudeció!

IV

¡Yo no creí jamás, hermano amado,
Que en los días más bellos de tu vida,
Me darías tu eterna despedida,
De una diáfana lágrima al través!
¡Qué en tu afán, por buscar la luz ansiada,
Agotaste tu vida en un segundo,
De tí, sólo quedando en este mundo,
«¡Un recuerdo, una tumba y un ciprés!»

V

¿Dónde fueron los bellos arreboles,
Del claro cielo de tu breve vida?
¿Las auroras del alma, adormecida,
Que vagas vislumbrábamos los dos?
¿Dónde fueron los mágicos ensueños,
Que anidaron un día en nuestra mente?
¡Huyeron, como sombras, raudamente,
Sin darnos al partir, su triste adiós!

VI

Yo no sé, que momentos halagüeños,
Nos depara esta vida transitoria,
Que el anhelo de dicha ó sed de gloria,
Son sueños que acrècientan nuestro afán!
Que este mundo es un antro sin salida,
Y nuestra inexperiencia el mayor daño,
Abismo, en que el dolor y el desengaño,
Marcando nuestra ruta siempre están!

VII

Y qué es, al fin, la vida? Agreste sierra,
De innumerables riesgos circundada,
Brumosa, ardiente aquí, y allá nevada,
Condenado el mortal á atravesar!
Y rauda nuestra planta la traspone,
Y después de esa rápida carrera,
Una tumba tan sólo nos espera
Donde va nuestro cuerpo á descansar!

VIII

¡Ay, triste fué tu muerte hermano amado,
Triste tu vida, de un sufrir sin calma,
Qué cuanto de pesar más sufre el alma,
Mas triste para el alma el mundo está!
¡Y triste, mi existencia se desliza,
Como brisa que apenas ya suspira,
Y cuán breve es la vida si respira
De este mundo la amarga realidad!

IX

¡Tal vez, ni la metálica campana,
Que en tu muerte gimió con su tañido,
Anuncie que á mi vez he sucumbido
Bajo el golpe insufrible del dolor!
¡Y triste moriré, como ave errante,
Que al caer sobre estéril roca helada,
No vislumbra ya al borde de la nada,
Ni una rama del árbol de su amor!

X

¡Que el recuerdo más grato de mi vida,
Fué ver, en mi sombrío desconcierto,
El mundo, como un árido desierto
Desde la tierna edad de mi niñez!
¡Mas todo acabará, cuando reunidas
Nuestras almas, se abracen en el cielo,
Sin que haya para mí, sobre este suelo,
Ni recuerdo, ni tumba, ni ciprés!

1881.

La Pasionaria

I

El alba, como tímida sonrisa,
Se dibuja indecisa,
Y de ese grato instante en la honda calma,
Los acordes que vibran adormidos,
No hieren los oídos
Sino que sólo los percibe el alma.

II

Y esa suave y lejana melodía,
Que al despuntar el día
Escucha el alma que á sentir acierta,
De la naturaleza es dulce canto,
Que alegre eleva, en tanto
De su tranquilo sueño se despierta.

III

La luz asciende, y la risueña aurora,
Vagamente colora
Con los rosados tintes de su manto,
Los montes argentados por el hielo,
Y el azulado cielo
Ofrece con su luz mayor encanto.

IV

Y á medida que tenue y lento avanza,
Cual lejana esperanza,
El sol, que montes y campiñas dora,
El espacio sin fin más se esclarece,
Y más vibrante, acrece
De la tierra la orquesta arrobadora.

V

Y al calor suave de la luz naciente,
La límpida corriente
Acelera su marcha rumorosa,
En ella el cielo con amor se mira,
Y más tierna suspira
La tórtola que vuela silenciosa.

VI

Y si asoma, sonriente y hechicera,
La bella primavera,
Los arroyos alegres serpentean,
Los árboles se visten de follaje,
Y en el verde ramaje,
Los trinadores pájaros gorjean.

VII

Y las fuentes, los ríos y las flores,
Los múltiples colores
De la luz, que la atmósfera abrillanta,
Y lo que vive, ó la ilusión anima,
Lo que nace ó declina,
Todo ama, todo ríe, todo canta.

VIII

¡Con cuánto afán, vital naturaleza,
Admira tu grandeza
Mi alma sin paz, para sufrir nacida!
¡Sólo hallará mi espíritu reposo,
Cuando triste, ó gozoso,
Al fin retorne á tí, madre querida!

IX

Allá, en la cuesta de lejana loma,
Como blanca paloma
Que esquiva los rigores de la brisa,
Casi oculta en la fronda seductora,
Al despuntar la aurora
Una rústica casa se divisa.

X

En ella, un joven de alma solitaria,
Y triste, cual plegaria
Que eleva el moribundo en un desierto,
Solo se alberga; y junto á su ventana,
Contempla la mañana
Sin olvidar su corazón que ha muerto!

XI

Allí, una pasionaria se levanta,
En ella, un ave canta.
Y por sus verdes hojas, resbalando
El rocío alboral, que vierte el cielo,
Cae, pausado al suelo,
Como ondulantes lágrimas, temblando!

XII

En su tallo, una bella flor se ostenta.
Amorosa y contenta
El aura, la acaricia con su arrullo;
El rocío le presta su frescura,
Y la luz, suave y pura,
Lenta despliega su gentil capullo.

XIII

El sombrío poema en ella escrito,
Recuerda lo infinito,
El perdón para todos prometido,
Y de las injusticias de este suelo,
El íntimo consuelo
De la resignación y del olvido!

XIV

El día huye. La tarde se aproxima.
Y tras la agreste cima
De alta sierra, que apenas se divisa,
Lento se oculta el sol. Se esfuma el monte.
Y allá, en el horizonte,
La moribunda luz, brilla indecisa.

XV

La hermosa flor, descubre su corola,
Que semeja una aureola.
La tarde, triste y silenciosa avanza.
Y á medida que el tibio sol declina,
La bella flor, se anima
Como al soplo inmortal de una esperanza.

XVI

Y de pronto, parece que se enciende,
Y de ella, se desprende
Un alma, que su cáliz encerraba,
Y al triste, que la mira con asombro,
Reclinándose en su hombro,
Le dice dulcemente: — ¡Te esperaba!

XVII

¡Oculta en esa tierna pasionaria,
Inquieta y solitaria,
Hace ya, mucho tiempo que te espero!
De la fúlgida estrella de la tarde,
Bajé, sin vano alarde,
Para ascender con tu alma á aquel lucero!

XVIII

¡Niña inocente, me elevé á los cielos,
Tu vida y tus desvelos,
Siempre observé, con íntimo cariño!
¡Tú también, desde acá, ya me adorabas!
¡Por algo que ignorabas,
Tanto amaste esa estrella desde niño!

XIX

¡Y de tu vida, al ver el fin cercano,
Bajé á este mundo insano
Para mostrarte por amor tan fuerte,
En esta transición desconocida,
La aurora de otra vida
Desde la oscura noche de la muerte!

XX

¡Ven; no sientas dejar la tierra ingrata,
Que con rigor maltrata
Nobles almas, tan tiernas y tan bellas!
¡No tardes; ven, que allá, en aquel planeta,
La vida es dulce y quieta.
Más claro el sol, más blancas las estrellas!

XXI

Calló la voz. La noche misteriosa,
Serena y silenciosa
Su etéreo manto sobre el mundo tiende.
Un tierno ruiseñor, arpegia y canta,
Y tiembla, y se abrillanta
La hermosa estrella que el amor enciende.

XXII

La luna avanza sobre extenso lago,
Con paso lento y vago,
Como pálida imagen de la vida,
O sueño melancólico del alma,
Sin turbar la honda calma
De la alba noche que á soñar convida.

XXIII

Las sombras, pasan lentas y calladas,
Las auras, sosegadas,
Dilatan blandamente en su partida,
El tierno, del amor, primer suspiro,
Y en su revuelto giro
El último suspiro de la vida!

XXIV

Y en el silencio de la noche pura,
En la mansión oscura
Vibró un doliente y apagado grito.
Las almas, al reunirse, se abrazaron,
Y al ascender, dejaron
Una estela de luz en lo infinito!

XXV

Otra aurora, amorosa se despierta,
La humanidad, incierta,
Sobre su tumba con afán se agita.
Y el sol, en su carrera al occidente,
Alumbra indiferente,
Un cuerpo inerte, y una flor marchita!

Atahualpa, 1908.

Irandí

I

Como un sueño de amor, no realizado,
Y sólo acariciado
Por el genio inmortal en su ancha frente,
Allá, tras de un inmenso mar profundo,
Ignorado del mundo
Yace un fértil y extenso continente.

II

En él, serpean caudalosos ríos,
Que, claros ó sombríos
En otros vierten su raudal sonoro,
O por las altas peñas, rechazadas
Sus ondas, aquietadas,
Van á dormirse en sus arenas de oro.

III

De los frondosos árboles gigantes,
Las copas susurrantes
Se pierden en la altura de los cielos,
Más allá, dilatando, de los montes,
Sus vastos horizontes
Como el alma sus íntimos anhelos.

IV

Y entre sus selvas de asfixiante aroma,
La duda al alma asoma
Si en ellas filtra claridad alguna,
O si la luz, que á trechos las colora,
Es la luz de la aurora,
O los pálidos rayos de la luna

V

Y allá, en las tardes de las brisas quietas,
Se avistan las siluetas
De agrios cerros, volcánicos y enhiestos,
Y más allá, de los abruptos montes,
Cierran los horizontes
Montañas de sepulcros sobrepuestos.

VI

El cóndor, que de allí su vuelo tiende,
Al alto cielo asciende
En espirales rítmicas y bellas,
Hasta rozar, con sus potentes alas,
En rápidas escalas,
Las temblantes y vívidas estrellas.

VII

Lagos azules, en profunda calma,
Como la paz de un alma
Que aún no agitaron las amargas penas,
Y cadencias lejanas y apagadas,
En las noches calladas
De misteriosas claridades llenas.

VIII

Valles sombríos, y sonoras fuentes,
Que al parecer, dolientes
Lloran una ilusión desvanecida,
Donde el sauce en sí mismo se reclina,
Como al dolor, se inclina
La desmayada flor de nuestra vida.

IX

Y mares, que sus fondos encadenan,
Y su furor refrenan
Dulces playas ó moles de granito,
Con sus ondas que airosas se levantan,
Y sus brisas, que cantan
Con la sublime voz de lo infinito.

X

La ardiente exuberancia de la vida,
Eternamente unida
A la plácida calma de lo inerte,
Como al pesar, va unida la alegría,
La noche con el día,
Y la breve existencia con la muerte.

XI

Para cantar tu olímpica belleza,
—¡Madre naturaleza!—
Ni tengo inspiración, ni frases hallo,
Por eso, en mi tenaz desasosiego,
Apasionado y ciego,
Te amo, te admiro, te contemplo y callo.

XII

Y en ese hermoso y vasto continente,
Como águila inocente
En su frondoso nido aun escondida,
Una raza se agita, incultivada,
Y tal vez, destinada
A mejorar las fuentes de la vida.

XIII

Ni el frío intenso ni el calor la arredra,
En sus grutas de hiedra,
O en sus valles ó rústicas colinas,
Vaga, cual fauno, á la ambición extraña,
Y cual ninfa, se baña
En las diáfanas ondas cristalinas.

XIV

Las rocas, son su artística escultura,
Su mágica pintura
Que apacigua del alma los anhelos,
Los verdes bosques, ó la mar dormida,
Y la estrella, perdida
En el fondo lejano de los cielos.

XV

Su música, las dulces armonías
De las palmas sombrías
Mecidas por las auras susurrantes,
Y los trinos alegres y süaves
De las canoras aves,
O el rumor de las olas espirantes.

XVI

Sus cantos, por el viento acompañados,
Apenas modulados
Se pierden en la selva oscurecida,
Como se pierden del placer, las horas,
Fugaces, cual auroras,
En las hondas tristezas de la vida.

XVII

Al sol, le rinde culto fervoroso,
Que en su anhelo piadoso
Cual hálito de Dios, solo y proscrito,
Demuestra el alma en su pesar profundo,
Desde el albor del mundo
Su eterna aspiración á lo infinito!

XVIII

Que en la naciente raza, presentidas,
Vagan adormecidas
Las ideas, que apenas simboliza,
Cual sombras, que en las noches sosegadas,
Ondulan apartadas,
De la luna, á la luz, aún indecisa.

XIX

Como ave inmensa que á su nido llega,
Sus anchas alas pliega
La noche melancólica y sombría.
Y allá, tras alta y azulada loma,
Bella y sonriente asoma
La dulce y tenue claridad del día.

XX

Despierta el mundo. El mar abrillantado,
Esparce sosegado
Sus apacibles ondas en la playa.
La mansa fuente entre el juncal murmura.
Y el ave, en la espesura,
Sus melódicos cánticos ensaya.

XXI

Irandí, joven mística y hermosa,
Sacerdotisa, ó diosa,
Que en su raza mantiene el fuego ardiente
Del amor á la luz, fecundadora,
Al rayar la alba aurora
Eleva su plegaria al sol naciente.

XXII

Y de otras voces, al vivaz llamado,
Sobre gentil collado
Grave y solemne coro se levanta,
Como un salmo de rústica armonía,
O extraña sinfonía
Que en medio del desierto, gime ó canta.

XXIII

Y á medida que el sol, sin un celaje,
Paisaje tras paisaje
Hace brotar de entre las sombras leves,
Los cánticos, se elevan más potentes,
Más claros, más ardientes,
Como notas unísonas y breves.

XXIV

De pronto, cortan el creciente fuego
Del imponente ruego,
Seres extraños, que de la alta sierra
Descienden, cual torrente inesperado,
Hasta el verde collado
Al rudo acento del clamor de guerra.

XXV

El asombro enmudece. El miedo cunde,
Y parece que se hunde
La tierra. El pánico ó terror aumenta.
Mas luego, cual volcán que se desborda,
Los ámbitos asorda
Lucha fiera y tenaz, recia y sangrienta.

XXVI

Y horrorizada, incierta, temblorosa,
En la floresta umbrosa
Se refugia Irandí, cual ave herida,
Y ante el sol, que del bosque, un trecho dora,
Febril se postra, y ora,
Y es su ardiente oración, honda y sentida.

XXVII

Y en tanto que á su dios, trémula invoca,
Y su emoción sofoca,
Un tinte amarillento el sol derrama,
El cielo poco á poco se oscurece,
Y tímida, enmudece
El ave que en la selva canta y ama.

XXIII

Lenta, como el pesar, llega la noche,
La flor cierra su broche,
Cesa todo rumor; reina la calma,
En el mar, en la tierra y en el viento,
Y un vivo sentimiento
De indecible congoja inunda su alma.

XXIX

Y al ver ese fugaz, crespón del día,
Que anuncia la agonía
De su inocente raza infortunada,
Al campo de batalla se aproxima,
Y desde agreste cima,
Atónita, pasea su mirada.

XXX

Pero las sombras que en los aires giran,
Hondo terror le inspiran,
Que sombras ve en el alto firmamento,
Y sombras en el monte y en el llano,
Y en medio de ese arcano
Las sombras cubren ya su pensamiento.

XXXI

Y al fin, qué ve? ¡Su raza exterminada,
Su patria idolatrada,
De innúmeros cadáveres cubierta;
Oscurecido el sol, desierto el mundo,
Y en su dolor profundo
Su àlma en la inmensidad, sola y desierta!

XXXII

¡Y muda de estupor, de espanto llena,
Y por aquella escena
Cercana ya, á un funesto paroxismo,
Desde la cumbre en que su vista tiende,
Sobre alta peña asciende,
Y se arroja, en el fondo de un àbismo!

XXXIII

En tanto, sale el sol de su penumbra,
Y nuevamente alumbra
Las trágicas escenas de la tierra.
Tornan las flores á exhalar su aroma,
Y la tierna paloma
A arrullar en los bosques de la sierra!

Atahualpa, 1911.

En las sombras de la muerte

El sol, entre celajes, descendía,
Irradiando sus tenues resplandores,
El aire se inundaba de armonía,
Y el cielo de poéticos fulgores.

Más dulce y más acorde era el sonido,
De grana se teñía el horizonte,
Y el ave regresaba al tierno nido
Que avara oculta en el lejano monte.

Y de esa suave luz, á los reflejos,
En el silencio de la tarde en calma,
Divisé, entre el follaje, allá, á lo lejos,
Un sitio de misterics para el alma.

Y con tristes recuerdos en mi mente,
Y ese afán qué al espíritu consterna,
Encaminé mis pasos, lentamente,
Hacia aquella mansión de paz eterna.

El mar, allá, en el fondo, murmuraba,
Sus olas en la playa se adormían,
En los sauces el viento suspiraba,
Y las tumbas sus cúspides erguían.

Y en ese asilo, que este mundo olvida,
Entré, pensando, sin zozobra alguna,
Que la muerte es la aurora de otra vida,
O de insondable eternidad la cuna.

Y como un muerto más, que vaga incierto,
Desde la arena ó la aromada alfombra,
Triste miraba aquel feraz desierto,
De los cipreses á la dulce sombra.

Allí, ornaba aquel suelo humedecido,
Verde hierba, lozana y rumorosa,
De la cual, parecía haber surgido
De cada tallo una fragante rosa.

Y entre las albas tumbas, se extendía,
La azucena de pálidos colores,
O la hiedra poblada de armonía,
De vida, de perfumes y de flores.

Y como puras almas, silenciosas,
Vagaban en aquella estancia umbría,
Las blancas y azuladas mariposas,
Libando de las flores su ambrosía.

¡Oh tierra, en tristes lágrimas bañada,
Fecundo oásis, exento de delito!¡
¡Cómo avivas en mi alma desolada
La inextinguible sed de lo infinito!

Aquí, todos se abrazan, confundidos
En una misma inevitable suerte,
Y sin rencores ya, duermen unidos
En el seno insondable de la muerte.

Que, hasta los más airados combatientes,
Caídos á la clara luz del día
Entre ayes y expresiones maldicientes,
Se reconcilian en la tumba fría.

Que los hombres podrán trocar su suerte,
Y del mundo, expatriarse en rato insano,
Pero nunca expulsarse de la muerte,
Porque tanto no puede el odio humano.

Que, aun cuando por el tiempo exterminados,
Sus partículas floten en la altura,
Esos átomos leves y apagados
Volverán á esta inmensa sepultura.

Y allí, en la ardiente fragua de la vida,
Esa ceniza gélida y liviana,
En su transformación desconocida,
Pensamiento y acción será mañana.

Que así, cual nuestros cuerpos, en esencia,
Del polvo de otros cuerpos se formaron,
También formada está nuestra conciencia,
Con parte de los siglos que pasaron.

Y ahondando en los misterios de la muerte,
Me apoyé sobre oscura tumba helada,
Creyendo anticiparme de esta suerte
Al silencio imponente de la nada.

Y en tanto me perdía en este arcano,
De mi hondo ensueño á despertarme vino,
Un toque de oración, suave y lejano,
Como un canto augural de otro destino.

Y allá, en el horizonte dilatado,
La luna, bella y fúlgida ascendía,
Mientras un tierno trovador alado
El espacio inundaba de armonía.

Atahualpa, 1912

ARPEGIOS

Arpegios

I

A...

Para arribar á tus brazos,
Surcaba la mar serena,
Mas una falsa sirena
Mi leve esquife volcó.
Y desde aquel triste día,
Tu imagen flota en mi mente,
Como la luz esplendente
De un astro que se extinguió.

Si al ver que así naufragaba,
Me hubieses tendido ansiosa,
Tu mano firme y piadosa,
Desde la playa del mar.
Yo te hubiera levantado,
Un templo en el pecho mío,
Y hoy no vería, sombrío,
Mis horas, tristes pasar.

Tal vez, tu mente no guarde,
Ni un recuerdo pasajero,
De aquel tu ensueño primero
Que fué mi dulce ilusión.
Yo nunca pude olvidarte,
Flor de purísima esencia,
Que desde mi adolescencia
Vives en mi corazón.

Si algún día, compasiva,
Visitas mi tumba helada,
Y ves en ella, bañada
De lágrimas una flor.
Contémplala como aquella,
Que en tu pecho se ha dormido,
Que esa flor, habrá nacido,
Del recuerdo de tu amor.

II

En un álbum.

Arbol es mi corazón,
Donde anida la congoja:
Muerta en él toda ilusión,
No alienta una débil hoja
Que murmure una canción.

Por eso, en vez de cantar,
Cual ave, entre flores rojas,
Tan sólo acierto á dejar,
En este bello ejemplar,
Una lágrima en sus hojas.

III

No busques placer en mí,
Que ya no veo horizontes,
Ni mar, ni cielo, ni montes,
Que dulces me hablen de tí.

Mi vida es triste panteón,
Sin flores ni lumbre alguna,
Y en él, á un rayo de luna,
Muerto se ve un corazón.

IV

Si en el mundo falaz todo es mentira,
Y mentira también los sueños son,
Mentira por mentira, yo prefiero,
La mentira del sueño seductor.

Y en dulce soledad, lejos del mundo,
Contemplando las horas que se van,
Vivir quisiera yo, vivir soñando,
Mas nunca de ese sueño despertar.

V

La vida es árbol maldito,
Que un aura leve derrumba,
Su pie respira en la tumba,
Y su copa en lo infinito.

VI

Por este antro de maldad,
Do el bien no tiene un asilo,
Sigo mi senda, tranquilo,
Mirando á la eternidad.

Noche de luna

I

La paz suprema, fluye de los cielos,
Los íntimos anhelos
Se templan al calor de una esperanza,
Y del día, á los últimos fulgores,
Se apagan los rumores
Como un eco perdido en lontananza.

II

En los valles extensos y sombríos,
Y en los undosos ríos
Reina una claridad de encanto llena,
Como nota de triste melodía;
Tenue lumbre del día
Difundida en la atmósfera serena.

III

A las frondas que tímidas ondean,
Los céfiros orean
Sin hacer de su ritmo vano alarde,
Y en un cielo de espléndida hermosura,
Brilla tranquila y pura
Cual blanca flor, la estrella de la tarde.

IV

Hora de amor y de oración, dulce hora,
Serena y seductora
En que todas las fuerzas se adormecen,
Despertando en los tiernos corazones,
Ensueños é ilusiones
Que en la vida rëal se desvanecen.

V

El éter, que aparece transformado,
Ostenta sosegado
Los almos soles de colores varios,
Y sus tibios y vagos resplandores,
Se duermen en las flores,
O flotan en los campos solitarios.

VI

¡Oh noche, reflexiva y fulgurosa!
¡Qué dulce y amorosa
Nos dejas con tus alas celestiales,
Como de amante fiel, tierno regazo,
El olvido, á tu paso,
De las viles acciones terrenales!

VII

¡Ah, cuánta paz derramas sobre mi alma!
¡Cuántas horas de calma
Te debo ¡oh noche! arrulladora y pura!
¡Qué, cuántas inquietudes en mi mente,
Disipaste inocente
Con tu inefable y plácida dulzura!

VIII

¡Y tú, ¡oh luna! que avanzas silenciosa,
Como púdica diosa
Que pasa por el mundo del delito,
Señalando los ámbitos del cielo
Al alma sin consuelo
Que aspira á dilatarse en lo infinito!

IX

¡Cuán süave y dulcísima armonía,
Y cuánta poesía
Esparce tu alba luz encantadora,
Que alumbra como á extenso mar en calma,
La honda noche de mi alma
Donde no asoma ya una blanca aurora!

X

¡Cuántas veces ¡oh luna! he recordado
A tu fulgor templado,
Aquella tarde pálida y sombría,
En que, á la tenue luz de un sol de Mayo,
Que con sesgado rayo
Las ramas espesísimas hería,

XI

De un frondoso y enhiesto limonero,
Mi tierno compañero
De la infancia fugaz, que nunca olvido,
Bañando, al traspasar el oleaje
De su verde follaje,
La alcoba de mi hogar, dulce y querido,

XII

Contemplaba, siendo aún niño inocente,
Con aire indiferente
A mi padre infeliz, rígido y yerto,
Y á mi amorosa madre idolatrada,
En lágrimas bañada
Al pie del casto nido ya desierto,

XIII

Sin comprender, que á la existencia mía,
Desde ese infausto día
Un inmenso dolor la sombreaba,
Ni presentir siquiera, en mis desvelos
De niño, sin anhelos,
El triste porvenir que me esperaba!

XIV

¡Y cuántas, en mis sueños abismado,
También he recordado
Mi estéril juventud, evaporada
En medio de un desierto, entre agrios montes,
Y extensos horizontes
De una inculta campiña dilatada,

XV

Sin hallar, esas dulces afecciones,
O gratas expansiones
Que destierran del alma las congojas:
Como alga, que al morir, triste se inclina,
Sin que un aura marina
Refresque amante sus marchitas hojas!

XVI

O ya, he soñado ver, mi alma de nieve,
Con el suave relieve
Con que á tu blanca luz todo se viste,
Pero el hombre es el sér más nebuloso,
Y lo más misterioso
O incomprensible que en el mundo existe.

XVII

Pero algo superior hay en su mente,
Algo que piensa, y siente
Deseos de supremas expansiones,
Entre pesares íntimos que matan,
Y ensueños, que dilatan
Un enjambre de blancas ilusiones:

XVIII

El inmortal espíritu, que anima,
Y acrecienta, y sublima
Ese afán misterioso que levanta
A lo infinito el pensamiento humano:
Cautivo soberano
Que en ruda cárcel sus anhelos canta.

XIX

Que el mundo, sin espíritu, sería,
Como noche sombría,
Como astro errante por la muerte herido,
Como flor sin perfume y sin encanto,
Como un ave sin canto
Que triste llora su desierto nido.

XX

Por eso, flotan en la mente humana,
Desde la edad temprana,
Esos sueños de amor y encanto llenos,
Que tal vez, en etéreas ascensiones,
O suaves gradaciones
Se realicen en mundos más serenos.

XXI

¡Y cuando mi alma, que hoy su afán recuerda,
Al fin, rauda se pierda
En la honda eternidad desconocida,
Sed tú ¡oh luna! en esa hora postrimera,
Mi dulce compañera
Como lo fuiste en mi agitada vida!

XXII

¡Y alumbra, como antorcha funeraria,
Mi tumba solitaria
Con tu luz de infinita transparencia,
Ya que bajo tu faz, serena y pura,
La amarga desventura
Fué el único laurel de mi existencia!

INDICE

